



Aro Sáinz de la Maza **Malart**

Serie Milo Malart



DESTINO

Malart

Aro Sáinz
de la Maza

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1602

© Aro Sáinz de la Maza, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-233-6306-3

Depósito legal: B. 4.259-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Barcelona, 3.12

No había luna ni estrellas. Tumbado de espaldas, solo veía un humo blanco a un palmo de la cara, espeso. Olfateó el aire. Olía a salitre, a humedad. Descartado el humo, tal vez era algodón. Sucio, amarillento, esponjoso. Sobre su cabeza. Y se desplazaba. Podría jurarlo. Intentó levantar una mano para tocarlo, pero no pudo. El brazo le pesaba como una losa. Sintió una bofetada de agua. Parpadeó, abotargado. Estiró la lengua, repasó los labios. Salada. ¿El mar? No podía ser otra cosa. Sin embargo, era negro, un mar azabache. No muy lejos oyó un ruido potente, grave. Como el resonar de un motor. Un camión se alejaba. Pensó que sería genial ponerse de pie y caminar sobre el agua. ¿Hacia dónde? Eso ahora le daba igual. Lo prioritario era activar las extremidades, el movimiento generaba movimiento, y luego ya decidiría sobre la marcha. Le entró la risa tonta. Joder, desbarras, se dijo; nada cuadrada, ¿y tú eres un policía de la judicial? Trató de concentrarse, pensar con sensatez, utilizar la lógica. Sabía por experiencia que los sentidos podían jugarle una mala pasada. Que no podía fiarse de ellos. Como tampoco de su cerebro.

—Maldita... sea —farfulló—, ¿qué coño... te pasa?

Tragó agua. El sabor era inconfundible. Ya estaba seguro de cuál era la situación. Flotaba en el mar como un peso muerto con nubes de algodón beis sobre su cuerpo. Aunque también podría ser en una enorme piscina de agua salada y el algodón, una lona de color hueso. No, se desplaza, insistió, convencido. Dos palabras resonaron en su cabeza: peso muerto. Muerto.

—Mis cojones... estoy muerto —dijo entre dientes.

De nuevo, pugnó por aclarar la mente. Imposible. Las ideas se desvanecían en el acto y no había forma de consolidar ninguna. Cerró los ojos, la boca. Presa del desconcierto, se propuso aplicar su método de trabajo: ponerse en la piel del otro. Solo que en esta ocasión el otro era él mismo. Consiguió atisbar una certeza. Iba vestido, y la ropa era un lastre que le dificultaba mantenerse a flote. Sobre todo, las botas de leñador canadiense, grandes, de suela dura, pesadas como bloques de cemento, y la cazadora, abombada sobre el pecho y almacenando agua, más lastre. Primer paso: desabrochar ambas. Apretó las mandíbulas y procuró doblar una rodilla. Tarea inútil, las piernas tampoco respondían. Aprovechando el vaivén de la marea, aproximó una mano al torso, a la altura de la cremallera. Sintió el picotazo urticante y, en un acto reflejo, la retiró de inmediato. No le hizo falta abrir los ojos para saber de qué se trataba. Había reconocido el dolor, idéntico al que sintió cuando era pequeño en el Port de la Selva por no hacer caso a su abuelo, quien le avisó de que no se zambullera en El Pas, pues había un banco de medusas. La misma descarga eléctrica. En el pasado, una docena al mismo tiempo y de efectos considerables, como testimoniaban las marcas de sus ventosas repartidas por la piel; ahora, solo una, leve, pero suficiente

para activar sus temores más atávicos. Medusas. Las odiaba. Bellas, sinuosas, fascinantes e hipnotizadoras, pero dolorosas y, algunas, letales. Con la dichosa costumbre de no desplazarse nunca en solitario. Salvo las que iban en vanguardia. Suplicó en silencio para que aquel fuera el caso mientras, estremecido, recogía las manos con extrema lentitud dentro de las mangas y se hundía lentamente, milímetro a milímetro. *Estás jodido, lo sabes.*

—Vete... al infierno.

Notó el segundo aguijonazo en la mejilla. Cabeceó al tiempo que vislumbró una imagen, como un flash repentino. Los rostros de Ivo Parés y Mónica Morera. Sus expresiones ya no eran tan arrogantes. En el suelo, habían perdido esos aires de superioridad, de saberse intocables. Y en sus ojos, pudo leer perfectamente el espanto. A pesar del dolor, esbozó una sonrisa. No recordaba qué había ocurrido, pero sí la sensación de triunfo al ponerles las esposas. En esta ocasión, se había encargado personalmente de que no volvieran a irse de rositas como la otra vez. *Como las otras veces.* Un helor le recorrió de pies a cabeza.

—¿De qué... hablas?

El tercer picotazo fue en la sien y la sacudida eléctrica le hizo ver las estrellas. Y algo más. Algo que no supo identificar.

—¿Mamá? —balbuceó—. ¿Eres tú..., mamá?

Quiso zafarse de las ropas, apartar a manotazos las medusas y echarse a nadar rumbo a la costa en aquel mar oscuro. No se movió ni un centímetro. Pensó en forcejear contra aquella laxitud que entorpecía sus músculos, golpearla con saña con tal de librarse de la impotencia que lo embotaba. Todo quedó en nada, en un deseo frustrado. El abatimiento, unido a la incom-

prensión de por qué su cuerpo no le respondía, lo sumió en la congoja. Ya ni siquiera la rabia le servía. Quieto, se dejó mecer por la suave corriente a la espera de una nueva mordedura urticante. Una retahíla de escenas inconexas apareció de golpe detrás de sus párpados. Flashes desordenados, fantasmagóricos. No era algodón lo que estaba suspendido sobre su cabeza, sino una pista de hielo por donde una pareja de patinadores trazaba sus evoluciones con una armonía impecable. La belleza, la música, deslizándose los dos a cámara lenta, ella en el aire y él preparado para atraparla con elegancia. Los contemplaba embelesado cuando se produjo un cambio de escena. Entre Ivo Parés y Mónica Morera caminaba una joven con vestido negro corto y zapatos de tacón, muy colocada. Se vio ir hacia ellos con rapidez, la placa en alto, gritando al matrimonio que estaban detenidos. Extrajo el arma y puso la mano sobre el hombro del marido, quien se desvaneció en el aire, al igual que su esposa, mientras la joven permanecía a su espalda. Al girarse para decirle que estaba fuera de peligro, ella le clavaba algo afilado en el estómago, hundiéndolo hasta el fondo. Nuevo flash. Agarrado a su madre por la cintura del delantal azul y rojo, impregnada del olor a tortilla de patatas recién hecha. A salvo. En sus brazos. Otro. Entraba en el dormitorio a oscuras y le acariciaba la frente con dulzura para despertarlo. Era presentir su sonrisa y saber que ya nada podría estropearle el día. Otro flash. La misma figura femenina, arrodillada en el cuarto de baño, vestida con idéntico delantal rojo y azul, ahogando a un bebé de pocos meses en la bañera. Cambio de escena. Doblada sobre él, le curaba las rozaduras en los codos y las piernas tras caerse de la bicicleta, primero soplando con mimo sobre las heridas para, acto se-

guido, aplicarle agua oxigenada, instándole a ser valiente, el hombrecito fuerte de la casa.

Abrió los ojos. La sucesión de flashes se detuvo.

Incrédulo, supo que desvariaba, que estaba en las últimas, no podía pensar. *No quieres pensar*. Percibió el asomo del pánico, lo indicaban todas las señales, y se aprestó a luchar contra él con tal de sobrevivir. *¿Y para qué quieres sobrevivir?* Inspiró con hondura y, al cabo, espiró el aire con suavidad. Repitió el ejercicio. Otra vez. Y otra. Hasta que perdió la noción del tiempo. Igual llevaba flotando en el agua diez minutos o doscientos, pero aquello ahora no le importaba. En un raptó de lucidez se preguntó por qué a él no le sucedía como a todo el mundo. En situaciones de peligro inminente, lo habitual era que el cerebro procesara grandes cantidades de información en pocos instantes, el clásico ver pasar toda la vida por delante. En cambio, lo único que él había visto era una serie de imágenes delirantes, sin sentido; solo unas pocas coincidían con la realidad. *Vas a morir ahogado, es lo que tiene*. Sintió la ira estallar.

—¡Es que... ni siquiera... puedo... morir... en paz!

Un trago de agua salada se le coló por la boca y empezó a escupirla entre toses. Ahogado, se dijo. Ahogado en el mar. Le entró un nuevo ataque de risa floja, demente, absurda. Después de pasarse toda la vida practicando natación, llegaba el momento de que tanto entrenamiento le fuera útil para algo, como salvar el pellejo, por ejemplo, y la voz interna le decía que no iba a ser así, que todo había sido en balde. Le pareció una broma de mal gusto. Que el destino, el guionista o la madre que lo parió tenía un pésimo sentido del humor. Puto sentido del humor del destino, y puto destino. Que le den bien dado, a mí ya me está bien, zanjó

para sí. Alzó levemente la cabeza y oteó alrededor. Nada. Solo niebla de color plomo y oscuridad completa. Pese a ello, intuyó que se hallaba muy lejos de la costa, en mar abierto.

—Soy... tan... pequeño...

Recuperó la posición. Boca arriba, brazos extendidos, manos replegadas dentro de las mangas, piernas separadas. Tampoco era para tanto, se consoló entonces. Había peores maneras. No, no sería una mala muerte. De hecho, siempre se había sentido más a gusto en el mar que en tierra firme, como si les unieran ciertos lazos de pertenencia. Así que, puestos a escoger, prefería allí que en casa. *¿Qué casa?* Si pudiera, lo elegiría sin dudarlo, con los ojos cerrados. Por esa parte no había problema. Aunque antes le habría gustado saber qué había sucedido, por qué casi no podía moverse, y qué hacía allí, en medio de la nada. El potente y grave retumbar del motor se había apagado y solo oía el rumor del agua al chocar contra su cuerpo. Otra cosa que no lograba explicarse era qué pintaba un camión en el océano. Un barco, le replicó el cerebro. *¿Y nadie había advertido su ausencia?* Socorro, se dijo; pide socorro. Volvió a entrarle la risa tonta. *¿Quién iba a oírlo?* No tenía sentido. La esbelta patinadora sobre hielo, sin dejar de deslizarse, le hizo un gesto con la mano; desplegó el meñique y el pulgar, y se la llevó a la oreja. El móvil, entendió. Que pidiera socorro por teléfono. Acercó con exasperante lentitud el brazo hasta el bolsillo de la cazadora. Vacío. De vuelta, palpó el costado de los tejanos y tampoco halló el arma. Se encogió de hombros y ella lo imitó. A continuación, la patinadora cerró el puño y señaló con el pulgar hacia abajo. De repente, se preguntó quién miraba a quién.

—Eres... preciosa —barbotó—. Entonces... ¿es mi hora?

El hombre la impulsó hacia lo alto en una pirueta de riesgo y ella, en cada giro, asintió con vehemencia antes de aterrizar con perfecta sincronía en sus brazos, hincar la rodilla en el hielo y alejarse de su compañero, los brazos de ambos extendidos, poniendo fin al ejercicio. Acto seguido, juntos, le hicieron varias reverencias y se despidieron, agitando la mano, rumbo a la salida.

—¿Y por qué... no? —dijo. Una vez más, tragó agua. Se sacudió por las toses. Al rato, añadió—: ¿Y por qué... sí?

Aquello no podía ser. De ninguna de las maneras. Todo era un engaño de los sentidos, otro que sumar a la lista. Se dijo que podía aguantar un poco más. Pon-gamos una hora; no, mejor dos. Le sobrevino el re-cuerdo de su abuelo, de pie en las rocas de Les Clis-ques, las instrucciones de cuando le enseñó a nadar. El primer paso ya lo había logrado. Flotar. Adelante con el segundo. Extender un brazo, hundirlo en el agua e impulsarse dejándola atrás, como si la empujara con la mano, y repetir la operación con el otro. Boca arriba, probó con todas sus fuerzas. Apenas lo levantó un pal-mo. Volvió a intentarlo. Lo mismo. Los músculos con-tinuaban lacios, desconectados.

—Céntrate —se ordenó, sin despegar los labios—. Que no... eres... un novato.

Llevó a cabo un tercer intento, y tampoco. *Claudi-ca*. Yo no me rindo nunca. *Es el final*. Y un huevo. Rea-lizó un penúltimo esfuerzo por levantarlo. Nada. El último. Fallido, de nuevo. *Olvídalo, no malgastes ener-gía*. Pertinaz, se dijo que su tiempo no se había agota-do y probó a batir las piernas. Otra batalla perdida. Los pies. Tampoco. Quiso gritar, pero solo emitió un murmullo. Fuera de sí, agitó todo el cuerpo. Apenas provocó un poco de espuma. Si no braceaba, iba a hun-

dirse sin remedio. Aunó toda la determinación que le fue posible y solo consiguió sumergirse. Entre jadeos, sacó media cabeza del agua, lo justo para respirar. La angustia se apoderó de él. Lo que hasta ese momento solo era una pesadilla se confirmaba como algo real, próximo, inevitable. Al borde de la desesperación, y como solía ocurrir a los seres humanos, la certeza de la muerte inmediata lo empujó de vuelta al seno materno. Quiso despedirse de ella, verla, fijarla en la mente.

Sin éxito.

Perplejo, trató de recordar su rostro.

Lo único que vio fue a una mujer con un delantal rojo y azul, pero con la cara pixelada, en brumas. En un fogonazo, alcanzó a vislumbrar un atisbo reconocible... que se esfumó en el acto como por ensalmo. Pestañeó, desconcertado. No podía retener su aspecto. Justo ahora, cuando más la necesitaba como asidero para cruzar a la otra orilla, se le escurría de la mente. La cara envuelta en penumbras, difuminada. Una extraña. Luz, requería luz para iluminarla tan solo un segundo antes de partir, de bajar los brazos y arrojarle de una vez por todas al precipicio. Pero se le escapaba, no lograba verla.

Sollozó en silencio.

No la podía recordar. ¿Cómo era posible? *El olvido es un mecanismo de defensa*. No, todos deberíamos tener un lugar adonde regresar, se dijo, los ojos empañados. Refugio, cariño, amor incondicional. Madre, mamá. Una idea. Ninguna imagen.

—Mercader..., no logro... recordar... su cara...

Aturdido por el golpe, y harto de luchar, con el agua a la altura de las fosas nasales, aceptó su suerte. Total, detenidos esos dos, ya no tenía un propósito en la vida. Nada importaba. Estaba solo. Solo. A la mier-

da con todo, cedió. Listo, cuando quieras. Pero que sea rápido. *Tienes miedo, reconócelo*. Una inesperada paz lo inundó de súbito. En el preciso instante en que Milo Malart, inspector del Grupo Especial de Homicidios de los Mossos d'Esquadra, asumió que la historia iba a finalizar, justo tras renunciar a comprender un sentido, se estremeció por una inusitada sensación de calma, una tranquilidad casi placentera.

—*Bonheur... chapitre... trois* —gimió—. Lo... intenté. Ella... Estuve... tan cerca...

¿Miedo? En absoluto, se dijo. Al contrario. La idea del punto final le dotó de una entereza legendaria. Bailar en el gran azul con la música de la marea. Envuelto en el abrazo de la seda marina. Mecido con suavidad, sin oponer resistencia. Beberse el mar entero bajo la bóveda celestial. Apartarse de la maldad, despertar del trance y abrazar, por fin, el descanso. Para flipar, una pasada. Conocía muertes peores. En el fondo, era un privilegiado. El fondo. Lo atrajo como un imán. El lecho. Dormir. Le entró de nuevo una risa floja, esta vez sincera. Y mientras a lo lejos un ruido agudo lo distraía un momento, detuvo los esfuerzos por mantenerse a flote, canceló los intentos de respirar, y se dejó ir, acunado por las olas. Ya boca abajo, empezó a hundirse. Sin luz. Con serenidad. Hacia la nada. El todo.